

## CUENTO 12.

NO MATA

Gabriela Cabezón Cámara

La mano de Dios aprieta pero no ahorca. Y no mata: con la mano juntó

Dios el barro para hacer los muñequitos y crearnos varón y mujer a Su

trans imagen y semejanza, después la cerró y del

puño estiró el índice

hacedor, apuntó a la parejita de polvo y agua y

lanzó el rayo vital

mientras exhalaba un “¡Fiat!” con tantos pegajos de

fuerza como granos

de arena tienen las playas y los desiertos de la Tierra y

lleno del divino

aliento imperativo que es el principio del aire que res-

piramos y por eso

mismo la mano de El no puede ahorcar. Y no mata.

No mata, se habrá repetido como rezando, como se

pide más líbranos

del mal cuando se tiene los dientes del mal en la nariz,

como se afirma

casi sin aire Dios aprieta pero no asfixia aunque esté

ahogando y lo

habrá afirmado y reafirmado el soldado de Cristo

Jesús y del Ejército

Argentino Omar Octavio Carrasco porque bien sabía

luego de cinco años

de seminario bíblico que Dios vomita a los tibios.

No era momento de

preguntarse si gargajearía a los calientes y cagaría a los

fríos, sólo tenía

la certeza de que en el minuto que podía ser el

último no podía andar

dudando como un tibio pero dudaba él cuando estaba

boqueando como

un pescado porque se ahogaba, porque en vez de

aire le entraba un

líquido dulce que tal vez fuera el vómito de Dios y

antes de que le

entrara el líquido le habían llovido golpes como maná y

uno, el final, le

cayó como un rayo de Dios, lo vio venir y con el

medio ojo que le

quedaba abierto y la media cuerda vocal que todavía le

vibraba gritó no

cuando el borceguí del oficial que había visto retroceder

a toda velocidad

avanzó como un proyectil agigantándose y cerró los

ojos cuando la punta

le entró en las costillas y le agujereó un pulmón

que se le empezó a

llenar de sangre y él empezó a respirar Su vómito y

ya no Su aliento,

ese aire con que llenó la tierra para que volaran los

pájaros y se

mecieran los árboles y respiraran todas las criaturas

que había creado

para qué, para no estar solo sería, entonces le faltaba

algo a Dios, habrá

dudado Carrasco cuando le entró la punta de una

patada que no le salió

nunca más, para siempre se le quedó la patada adentro

y siempre duró

como veinticuatro horas: había venido con todo el

envión posible para un

milico bien entrenado y de piernas largas, la habrá

visto venir como

quien ve caer una bomba hendiendo ese aire de Dios

para los pájaros y

los aviones y seguramente también para los misiles;

así habrá visto

Carrasco al borcego que lo terminó matando de un

paro respiratorio

aunque se dijera el soldado que la mano de Dios aprieta

pero no asfixia

y que la boca de Dios maldice pero insufla aliento divino

y le da vida al

polvo que somos y que si mata es al maldito pero no

después de Cristo

Jesús y además él, soldado de la Patria hacía tres días

pero soldado del

Ejército Evangélico Mundial Antorcha de la Fe desde el

principio, era de

los elegidos desde que más o menos en su octavo mes

de gestación su

padre desbarrancó en la ruta que va de Cutral Có a Tren-

que Lauquen y

mientras caía él mismo vio caer el cargamento de pollos

sin cabeza y sin

plumas, los vio derramarse barranco abajo como si hu-

biera salido un río

de pollos muertos del culo de la camioneta repartidora,

la ola de pollos

se alzó, cayó fuerte y levantó polvo de la tierra seca que

brilló como si

hubiera sido de diamantes, una tierra de mierda que

no servía ni para

plantar soja, esa plaga, una de las últimas, uno de los

cinco jinetes, una

tierra tan de mierda que estaba como maldita desde

el origen pero le

brillarón las partículas al sol del atardecer en el bar-

ranco mientras don

Francisco Carrasco, repartidor de pollos, hijo de un tra-

bajador petrolero

que había querido una vida mejor para él y lo había con-

chabado de peón

en la granja Desertpollo donde el gurí había ascendido

hasta repartidor y

entonces se había casado y había iniciado sin saber-

lo la muchedumbre

que sería su despojo y lo supo entonces cuando vol-

aban los pollos

muertos por el mismo aire en el que brillaba la tierra de

mierda y él se

golpeaba la cabeza contra el techo de la cabina de la

camioneta y tenía

miedo de que lo echaran del trabajo o de morir y atar-

decía más fuerte

en el desierto y los pollos amarillos rosados claros

parecían chispazos

pálidos del sol y el sol se veía siempre igual pese a

los cambios de su

punto de vista que daba vueltas dentro de la camioneta

que caía girando

sobre sí misma y de ese sol al que le volaban pollos

como chispas

pálidas pareció salir la voz que le dijo “No temas”

porque todo el tiempo

le habló de tú pese a que Francisco Carrasco era para-

guayo y voseaba a

todo el mundo, incluso al general había voseado en

la colimba “No

temas, hijo mío. Eres salvado. Y tu despojo será una

muchedumbre”. En

ese momento se desmayó tranquilo Francisco y a las

horas lo

encontraron y lo llevaron al hospital y del susto a su

mujer se le adelantó

el parto y ahí nació, ya en la fe de Jesús Cristo

Nuestro Salvador, el

soldado evangélico mundial Omar Carrasco. Por las

palabras de Dios el

flamante padre pensó que su primogénito iniciaría una

larga fila de hijos

pero no, sólo quedó embarazada una vez más la

mamá del soldado y

muchas veces se preguntaron qué habría querido

decirle Dios a su

repartidor de pollos dilecto Francisco Carrasco con

eso de una

muchedumbre será tu despojo y especularon con Sarah

y Abraham que

tuvieron a Isaac alrededor de los cien años pero igual

rezaron y rezaron

pidiendo aclaraciones. Recién lo entenderían dieciocho

años después del

día de Su mensaje, exactamente un mes más tarde de

haber llevado a

su único hijo varón a la puerta del cuartel para que cum-

pliera su deber

con la Patria. Era la segunda vez que salían de Cutral Có

desde que les

había nacido el chico.

Al cuartel lo había llevado el padre en la camio-

neteta que tuvo que

comprarse después de la que se le hizo mierda el

mismo momento en

que conoció a Jesús. Le dijo que los milicos lo iban a

hacer hombre, que

no sería como en el pueblo. El chico le contestó “No te

preocupes, papá,

vas a estar orgulloso de mí”. Y entró con la Biblia en el

sobaco, cantando

Siempre adelante vamos con Cristo, con su palabra

que es la verdad.

Como soldados estemos listos, pues Jesucristo es mi

general. Somos

soldados de Jehová. Somos soldados de Jesús”. Eso fue

el 3 de marzo de

1994. La paliza se la dieron el 6 un oficial y dos solda-

dos. Y su cadáver

apareció en las instalaciones militares exactamente un

mes después, el 6

de abril. No puede deducirse ninguna relación de

causalidad entre los

dos extremos de su estadía en el cuartel. Sí se in-

fiere que Dios, de

existir, no está especialmente atento a lo que le

piden sus soldados.

Porque el chico debe haberle pedido que dejaran de

pegarle, que no lo

mataran, que le permitiera volver a Cutral-Co a

andar en bicicleta y a

componerle canciones: fuera de Jesús, tocar la gui-

tarra en el templo,

River y el ciclismo eran sus pasiones más fuertes. A

cambio, le habrá

prometido alguna proeza imposible: hacerse de Boca o

dejar de hacerse

la paja o irse a evangelizar al Perú de Sendero Lumino-

so. Habrá rezado y

habrá pedido y habrá ofrecido cualquier cosa, pero

ni el Ejército

Argentino ni el general Jesús se conmovieron y se aca-

baron la bicicleta y

las pajas y la repartición de pollos –había empezado

a compartir oficio

con su padre- para Su soldado Carrasco. Quedaron

pocas fotos de él.

Concretamente, dos. Una de las dos debe ser del día

anterior a su

muerte: se lo ve rapado, mirando al frente, vestido

de milico. Era un

pibe morocho, de ojos achinados y alcanzó a medir

un metro setenta

nomás. Seguramente hubiera sido más alto, recién

había cumplido los 18

cuando lo sorprendieron las diferencias entre ser solda-

do de Cristo y ser

soldado del Ejército Argentino, la institución que le

deparó la muerte y

una fama que difícilmente hubiera logrado de seguir

viviendo.

Era tímido el pibe. Y eso de andar con la Biblia abajo

del brazo o al

lado de la cama o arriba de la almohada le habrá pareci-

do ineludible,

algo que le debía a su Dios General. Al oficial que le dio

la última patada

le habrá parecido una mariconada y habrá decidido

hacerlo macho. Y

kaput, no más mundo para Omar Octavio Carrasco: el

Señor lo llamó a

su presencia. Cuatro meses más tarde, mientras se

llevaba a cabo la

investigación del asesinato, un escándalo nacional, el

sacrificio del

soldado Carrasco fue aceptado. No sabemos si así lo

dispuso el general

Jesús, la empresa que medía la intención de voto de la

ciudadanía o el

capricho del comandante en jefe de las Fuerzas Arma-

das de la Nación, el

presidente Carlos Menem, o todo eso junto, que no se

excluye.

Y su despojo fue una muchedumbre.